

LA CIENCIA FICCIÓN NORTEÑA, FRONTERIZA: UN RECUENTO PERSONAL

Gabriel Trujillo Muñoz

Contacto: angel.gabriel.trujillo.munoz@uabc.edu.mx

*Para Jaqueline Bernal y Marisol Nava,
por mirar el futuro como prodigio a compartir*

RESUMEN

El artículo, con un notable fundamento ensayístico, parte de reflexiones personales para abordar el desarrollo y la relevancia de la ciencia ficción en el norte del país; en particular se comenta la obra de siete autores fronterizos del siglo XX: Narciso Genovese, Arturo Casillas, Gerardo Cornejo, Lauro Paz, Jesús Guerra, Guillermo Lavín y Federico Schaffler, cuyas obras buscan ir más allá de lo establecido para captar la realidad en todas sus complejidades y contradicciones. Si algo da validez a estas obras es que su esencia narrativa es el conflicto humano y el enfrentamiento con lo desconocido. Así, la obra de ciencia ficción de estos autores de la frontera norte mexicana abarca desde especulaciones sobre la vida extraterrestre (Narciso Genovese, Lauro Paz y Arturo Casillas), reflexiones científicas con trasfondo humanista (Federico Schaffler y Guillermo Lavín) y crítica social con humor negro (Jesús Guerra y Gabriel Trujillo Muñoz). Con base en la relevancia de estos autores y obras, se confirma que la ciencia ficción se ha desarrollado óptimamente en el espacio fronterizo.

PALABRAS CLAVE: Ciencia Ficción, Mexicana, Fronteriza, Siglo XX

ABSTRACT

The article, with a notable essayistic foundation, is based on personal reflections to address the development and relevance of science fiction in the north of the country; in particular, the work of seven border authors of the 20th century is discussed: Narciso Genovese, Arturo Casillas, Gerardo Cornejo, Lauro Paz, Jesús Guerra, Guillermo Lavín and Federico Schaffler, whose works seek to go beyond what is established to capture reality in all its complexities and contradictions. If anything gives validity to these works, it is that their narrative essence is human conflict and confrontation with the unknown. Thus, the science fiction work of these authors from the northern Mexican border ranges from speculations on extraterrestrial life (Narciso Genovese, Lauro Paz and Arturo Casillas), scientific reflections with a humanist background (Federico Schaffler and Guillermo Lavín) and social criticism with humor black (Jesús Guerra and Gabriel Trujillo Muñoz). Based on the relevance of these authors and works, it is confirmed that science fiction has developed optimally in the border space.

KEYWORDS: Science Fiction, Mexican, Border, 20th Century

Para entender cómo llegué a ser un escritor de ciencia ficción en la periferia de mi país, en la frontera norte mexicana, hay que comenzar contando mis primeros contactos con este género literario. Nací en 1958 en Mexicali, la ciudad capital del estado de Baja California y mi infancia transcurrió en plena carrera espacial entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. El futuro, por donde quiera que lo mirara, iba a ser una época maravillosa, llena de invenciones increíbles que nos cambiarían la vida para mejor. Desde los *Jetson* hasta *Perdidos en el espacio* y *Viaje a las estrellas*, mi niñez estuvo marcada por la televisión y sus travesías por el cosmos.

De ahí que pronto, como hijo de lo novedoso, cambié mis trajes de vaquero por los de astronauta, el sombrero del viejo oeste por el casco espacial. Era la década de los sesenta del siglo XX, una era marcada por la carrera espacial en el marco de la guerra fría entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. El sueño de mi generación no estaba en el pasado sino en el porvenir y abarcaba estaciones espaciales, naves que volaban a la velocidad de la luz, planetas por explorar y civilizaciones extraterrestres por conocer. Esa fascinación me llevó a sentirme un ciudadano del cosmos, que en aquella época tan optimista implicaba que pronto tendríamos autos voladores, el mundo sin enfermedades, colonias en Marte y viajes tripulados por el Sistema Solar. El futuro parecía una edad de oro, donde todo sería perfecto, armonioso, limpio y sin conflictos. Perdonen mi ingenuidad, pero era un niño que estaba embelesado con los grandes adelantos que nos traería la ciencia y la tecnología y, a la vez, estaba ciego a las consecuencias de nuestras depredaciones al sistema ecológico de nuestro planeta. Yo, entonces, creía a pie juntillas que todo lo que vendría a continuación sería bueno para todos. Cuando visité Disneylandia, hacia 1970, la exhibición que más quería conocer era Tomorrowland, la tierra del mañana.

Como hijo de aquellos tiempos, me tocó ver, en el televisor Zenith en blanco y negro que presidía la sala de la casa, la llegada de los astronautas a la Luna y el furor que hicieron las nuevas tecnologías que se ponían a nuestra disposición: controles remotos, comidas instantáneas, rayos láser y computadoras con carretes que daban vueltas sin cesar. Como lector empecinado que ya era entonces, devoré las novelas de Julio Verne y ya estudiando en la escuela secundaria me topé con *Fahrenheit 451*, la novela distópica de Ray Bradbury. El futuro optimista que hasta entonces predominaba, en la década siguiente se transformó en un apocalipsis en marcha. Del futuro limpio, racional y luminoso a la Julio Verne se pasó a un mañana violento, irracional, sombrío. Películas que vi en cines de arte, como *Zardoz*, *Soylent Green* y *Naranja mecánica*, no profetizaban un mundo mejor sino más deteriorado,

más conflictivo, más inclemente.

A mediados de los años setenta me trasladé a estudiar la carrera de medicina a Guadalajara. En cuanto tuve oportunidad empecé a conocer la ciudad, principalmente sus cafés y librerías. Leí libros de poesía, historia y ensayo literario. En narrativa me decanté por las novelas policiacas y de ciencia ficción que, en libros de bolsillo, publicaban la editorial argentina Minotauro y la española Bruguera. Pero el libro que me marcó en aquellos años de estudiante universitario no fue otro que *Dune* de Frank Herbert. Recuerdo perfectamente estar sentado en mi cuarto en la casa de huéspedes, por la calle Reforma, en el sector Hidalgo de Guadalajara, mientras leía aquella novela épica de ciencia ficción, publicada por la editorial Acervo. El solo hecho de comprarla había sido toda una epopeya. La descubrí en la sección de libros de Sanborns. Una edición española en pasta dura. La primera en mi idioma. Y demasiado cara para pagarla con el dinero que me mandaban mis padres cada mes para mis gastos. Leía fragmentos parado en los pasillos de Sanborns mientras los vigilantes de la tienda pasaban a mi lado viéndome con suspicacia, con sospecha. No niego que deseaba tanto tener ese libro que pensé en hurtarlo, pero era imposible ocultarlo: con sus setecientas páginas y su peso de más de un kilo era empresa, sin duda, destinada al fracaso. Así que cada vez que tenía que irme de Sanborns de Vallarta escondía *Dune* detrás de los libros de horóscopos y de recetas de cocina. Un acto inocuo, pues al día siguiente aparecía visible en su lugar, entre las novelas de moda. Pero no debía preocuparme: la ciencia ficción no interesaba a los lectores jaliscoquillos. Como pude, un mes más tarde y ahorrando hasta el último centavo, logré comprar aquella obra monumental.

Cuando digo que es la novela, junto con *El señor de los anillos* de J.R.R. Tolkien, que más he vuelto a leer, sólo confirmo las valiosas enseñanzas que su lectura me ha proporcionado a lo largo del tiempo. *Dune* fue y es una saga narrativa que me abrió los ojos al desierto en general y al desierto de Mexicali en particular. Herbert me mostró que el desierto no es un sitio vacío, sino una tierra donde sus riquezas están ocultas a los ojos de quienes sólo quieren explotarlas y lucrar con ellas. La mayor fortuna del desierto es su gente: una comunidad terca, empeñada, orgullosa de vivir en donde vive, de retar a la muerte a toda hora. El desierto es un lugar para probar uno mismo. Para si puede uno soportar sus embates: el calor, la sed, los espejismos. El desierto enseña a tener paciencia, a persistir, a vivir en escasez. Allí, entre sus páginas, aprendí a sentirme orgulloso de ser mexicalense, de ser un habitante de las arenas. Allí, entre sus palabras, supe que iba a regresar a mi ciudad natal, a la frontera norte, y que iba a participar en su crecimiento, en su destino.

Pero no fue la única novela de ciencia ficción que dejó huella en mí. Puedo nombrar a varias más: *La isla del doctor Moreau* de H. G. Wells, *Ciudad* de Clifford D. Simak, *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, *El hombre en el castillo* de Philip K. Dick, *Invernadero* de Brian W. Aldiss, *La mano izquierda de la oscuridad* de Ursula K. Le Guin, *El Invencible* de Stanislaw Lem, *Nova* de Samuel R. Delaney, *Nosotros* de Yevgueni Zamiatin, *Tiempo de cambios* de Robert Silverberg, *La sequía* de H. G. Ballard y *Todos sobre Zanzíbar* de John Brunner, entre tantas otras obras que me movieron los cimientos de mis creencias hacia el escepticismo y la crítica política como instrumentos de especulación y de cambio.

Finalmente, en 1981, regresé a Mexicali ya con título de médico bajo el brazo, pero mi interés por la escritura creativa me llevó a convertirme en poeta, narrador y ensayista, en editor académico de la Universidad Autónoma de Baja California, profesor de tiempo completo e investigador de la cultura fronteriza. Entre los múltiples trabajos que tuve en la década de los años ochenta del siglo pasado estuvo el de productor de programas para Radio Universidad. La primera conferencia que di en la UABC, a principios de 1982, estuvo dedicada a la literatura de ciencia ficción. Algunos compañeros y compañeras de Radio Universidad asistieron a escucharme y al terminar mi exhortación para que se leyera más textos fantásticos o futuristas, descubrí que Silvia García, otra productora de Radio Universidad, también era una lectora ferviente de esta clase de géneros literarios. Eso llevó a que ambos nos planteáramos hacer un programa que incluyera a este tipo de narrativa. El resultado fue “Habrà una vez... crónicas del futuro”, que salió al aire en junio de 1982. Silvia y yo hablábamos de literaturas marginales en aquel tiempo: terror, fantasía, ciencia ficción, mitos y leyendas. “Habrà una vez... crónicas del futuro” fue un programa pionero en la historia de la ciencia ficción en México y es, hasta lo que sé, una piedra de fundación de la ciencia ficción radiofónica desde la frontera norte.

Este programa lo mantuvimos por casi cuatro años y, como era grabado, se siguió pasando en Radio Universidad por varios años más. A mí me sirvió para ponerme a investigar a profundidad la ciencia ficción, sus autores y obras, lo que llevó a que me pusiera a escribir un tratado sobre este género para difundirlo mejor entre los lectores de habla hispana. En 1988 lo terminé y lo metí a concurso a los Premios Estatales de Literatura en enero de 1990, donde gané en la rama de ensayo. Un año después, el Instituto de Cultura de Baja California lo publicó bajo el título de *La ciencia ficción. Literatura y conocimiento*. No sé cómo, pero se distribuyó en todo el país y llegó a lectores interesados en el género. De vez en cuando recibía correspondencia donde me felicitaban por haberlo hecho y en otras ocasiones eran

preguntas sobre la obra. Una de las preguntas que me hacían con más frecuencia era por qué no había incluido un capítulo sobre la ciencia ficción mexicana.

El libro estaba concentrado en autores anglosajones, principalmente estadounidenses y británicos, con algunas excepciones como Julio Verne (Francia), los hermanos Strugatski (Rusia) y Stanislaw Lem (Polonia). Al final había un capítulo dedicado a los escritores latinoamericanos, donde daba un repaso a escritores como Jorge Luis Borges, Luis Alberto Urrea y Adolfo Bioy Casares. Pero no mencionaba a autores nacionales porque hasta 1988 no había encontrado suficiente información sobre los mismos. Para entonces, a principios de la última década del siglo XX, ya estaba mejor informado al respecto y había descubierto la obra de un trío de autores bajacalifornianos: Narciso Genovese, Arturo Casillas y Jesús Guerra, y acababa de hacer contacto con escritores como Mauricio José Schwarz en la ciudad de México, Federico Schaffler y Guillermo Lavín en Tamaulipas, Gerardo Cornejo y Lauro Paz en Sonora y Gerardo Horacio Porcayo en Puebla. A la vez había logrado obtener, en un saldo de la biblioteca pública del estado, *Mejicanos en el espacio* (1968), la legendaria novela de Carlos Olvera. Aquí sólo me referiré a los autores norteños o fronterizos de aquel siglo que estaba por fenecer: Genovese, Casillas, Guerra, Cornejo, Paz, Lavín y Schaffler.

Narciso Genovese. Se podría decir que la ciencia ficción fronteriza surge con Narciso Genovese y su novela *Yo he estado en Marte*, publicada en 1958. Genovese, un italiano nacido en Turín en 1911, primero emigra a la república de El Salvador y más tarde se traslada a México, donde después de andar de un sitio a otro termina por radicar en la ciudad de Tijuana. Desde mediados de los años cincuenta, Genovese comienza a publicar libros donde mezcla la especulación filosófica con la sabiduría secreta que le habían comunicado, según él, los extraterrestres, específicamente los marcianos. Entre sus obras más importantes figuran: *Yo he estado en Marte* (1958) y *La nueva aurora* (1970). Pero no hay que olvidar manifiestos universales que publica entre esas fechas como *Jesucristo hombre* y *La hecatombe y la paz*, que buscan alertar contra la guerra nuclear y la deshumanización de los seres humanos. Yo, a falta de ejemplares, tuve que sacar fotocopia a sus novelas para leerlas con calma y descubrir en ellas el viaje a Marte como una expedición de concordia y aprendizaje, como un saludo extraterrestre para la humanidad.

Arturo Casillas. La primera novela de ciencia ficción bajacaliforniana que leí fue *Los herederos de Scammon* (1982), que compré en una librería local. Casillas había nacido en 1942 en Tepic, Nayarit, y cuando yo regresé a Mexicali era un periodista cultural y fotógrafo de prensa bien conocido en el ámbito regional. Pero aparte de ser periodista y fotógrafo,

don Arturo es, antes que otra cosa, un narrador. Entre sus publicaciones están el libro de cuentos *De viaje con la muerte* (1976), ganador del Premio Juan Rodríguez Sullivan 1977, las novelas *Los olvidados de siempre* (1980) y *Los herederos de Scammon* (1982), así como el libro periodístico *Horas de angustia* (1995). De toda su obra de creación, *Los herederos de Scammon* sobresale por ser una de las pocas obras de ciencia ficción ecológica con que cuenta este género literario en Baja California. Esta novela trata del contacto entre dos especies inteligentes: una terrestre, el ser humano, y otra, marina: las ballenas que visitan cada año las aguas de la península de Baja California. *Los herederos de Scammon*, como su título lo indica, son los hijos de aquel pescador estadounidense de ballenas del siglo XIX, que descubrió la laguna Ojo de Liebre y en ella cazó a las ballenas grises que iban a ese sitio para aparearse hasta casi hacerlas desaparecer. En la novela de don Arturo, la historia de un periodista que va a hacer un reportaje y una ballena que se comunica con él, está expuesta con tintes de perplejidad y de asombro, y aparece como un diálogo donde se plantea el espíritu ecologista de su autor, el deseo de respetar a los mamíferos marinos como seres tan inteligentes y sensibles como nosotros, que deciden exhibir su capacidad racional para avisarle a la humanidad que está destruyéndose a sí misma al destruir la vida en su entorno.

Gerardo Cornejo y Lauro Paz. Hacia 1988 empecé a acudir a los congresos de literatura del noroeste, auspiciados por la Universidad de Sonora en Hermosillo. En esos encuentros de académicos y creadores tuve la suerte de conocer a Gerardo Cornejo y Lauro Paz. El primero era un funcionario público, director e investigador del Colegio de Sonora. Pero Cornejo contaba con otra faceta: la de escritor de ficciones. En 1989 publicó una novela, *Al norte del milenio*, que era un relato que aspiraba a ver el futuro de nuestro país en clave político-social. Como muchos otros autores mexicanos, desde Carlos Fuentes a Marcela del Río, de Manú Dornbierer a José Agustín, la ciencia ficción era para Cornejo sólo una herramienta para situar en el porvenir especulaciones acerca del presente en que vivían. Por su parte, Lauro Paz Luna, nacido en Hermosillo, Sonora, en 1955, y egresado de la carrera de literaturas hispánicas de la Universidad de Sonora (Unison) y cuyo interés principal, como narrador, es el cuento, género con el que se da a conocer en su estado desde principios de los años ochenta. En 1990, Lauro Paz reúne sus cuentos de ciencia ficción, escritos a lo largo de casi una década, en su libro *Puerta a las estrellas*, que en su conjunto ofrecen la historia de la llegada de los seres humanos a Marte y la seducción, casi mágica, que ejerce este mundo sobre ellos y sus descendientes. En todo caso, Paz es un hombre que conserva su espíritu de aventura, la fidelidad insobornable a sus quimeras. Ambos, Cornejo y Paz, representaban los extremos desde los cuales la ciencia ficción servía como un apoyo antes que como un fin a sus respectivas creaciones. A Cornejo no le interesaba la ciencia ficción en sí, mientras que

Lauro era un lector voraz de la misma. Uno la usaba para un propósito aleccionador en ciencias sociales y el otro como un juego placentero, nostálgico de principio a fin. Cornejo nunca volvió a incursionar en el género. Paz ha sido feliz viviendo de sus temas y convenciones.

Jesús Guerra. En el verano de 1988 se llevó a cabo el Encuentro de Literatura de las Fronteras en el Centro cultural Tijuana. En esa reunión, conocí a Jesús Guerra (ciudad de México, 1961, pero domiciliado en Tijuana), un hombre afable y lleno de ironía. Allí presentó su ponencia “La narrativa del futuro y las fronteras”, donde expuso la situación de la ciencia ficción en nuestro país tanto a nivel nacional y regional. Para Guerra, el problema principal que enfrenta este género en México es que “como lectura, ya se le reconoce, gracias a un proceso que llevó décadas, su valor literario. Pero en lo que respecta a escribirla, ¿por qué se rechaza manejar algo que se considera bueno, excelente incluso, siempre y cuando sea de autores extranjeros?”. Jesús Guerra invita a ver la ciencia ficción como una ventana de posibilidades creativas y le atribuye contar con la capacidad de llevar a cabo “una crítica incisiva, hecha con la mayor objetividad, sobre los temas más diversos: la religión, la política, las costumbres, los prejuicios”. Para Jesús Guerra, la ciencia ficción fronteriza ya no puede ser una imitación de la ciencia ficción anglosajona sino una literatura propia, con una visión distintiva, donde el escritor sea no un “un soñador apartado de la realidad, sino inmerso totalmente en ella”, una especie de profeta situado en una zona privilegiada para contemplar los cambios por venir, las transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales “en una época de comunicación global, en la cual las culturas influyen unas sobre otras al mismo tiempo, recibiendo influencias, pero ejerciendo otras a la vez”. Por eso, el escritor fronterizo está ubicado en una plataforma de lujo para ver la sociedad en que vivimos y el destino –o los destinos- que nos esperan: “además, la ciencia ficción nos permite explorar cómo serán las fronteras del futuro. O si queremos fronteras. Y en este punto, la ciencia ficción es de una importancia especial: porque como narrativa del futuro, desborda las fronteras, lleva al ser humano a superarlas, y de ese modo a su mayor crecimiento y desarrollo”. Lo que Guerra planteaba en 1988 era hacer de la frontera un trampolín creativo y un espacio esencial para el desarrollo de la ciencia ficción mexicana. A ese llamado a la acción responderían dos autores tamaulipecos.

Guillermo Lavín y Federico Schaffler. Para principios de la década de los noventa, la ciencia ficción en nuestro país contaba con más de dos docenas de escritores en activo, buena parte de los cuales eran jóvenes y varios de ellos vivían en el norte de México. Entre ellos estaban dos tamaulipecos que veían a la ciencia ficción como una crítica de la realidad y del mundo, como una ventana de posibilidades creativas antes que como simple entretenimiento. Para impulsar este género se volvieron editores de publicaciones periódicas donde

la ciencia ficción tenía la mesa servida. Me refiero a Guillermo Lavín (Ciudad Victoria, 1956), que fundó en su ciudad natal la revista *A quien corresponda* y a Federico Schaffler (Nuevo Laredo, 1959), que estableció, también desde su ciudad natal, la revista *Umbrales*. Ambas publicaciones fueron un vínculo entre los escritores de ciencia ficción de todo México. La frontera norte, junto con Puebla y su Premio Nacional de Ciencia Ficción auspiciado por el Conacyt, impulsaron a una nueva generación de escritores que ya no imitaban a la ciencia ficción anglosajona, sino que pretendían una literatura propia, con una visión distintiva, donde el escritor era no un cantor del progreso sino un perturbador del orden establecido. Bajo el credo punk de hazlo por ti mismo, los autores que aparecieron en esta época se habían hecho a su real entender y habían leído lo mismo la ciencia ficción extranjera más reciente como la literatura de la onda, el boom latinoamericano y el nuevo periodismo. La cereza en el pastel lo dio la aparición de *Más allá de lo imaginado*, la primera antología de la ciencia ficción mexicana, que apareció publicada por Tierra Adentro, con lo que comenzó la apertura editorial para un género que, hasta entonces, había sido la oveja negra de la literatura mexicana. Desde todos los puntos de vista, *Más allá de lo imaginado* (en tres tomos publicados entre 1991 y 1994, con 54 autores en total antologados) del tamaulipeco Federico Schaffler dio pie para el primer boom de la ciencia ficción nacional, ya que reunió a la plana mayor de los autores de ciencia ficción que estaban escribiendo desde la década de los años ochenta, como Héctor Chavarría, Mauricio José Schwarz, Guillermo Lavín, Arturo César Rojas, el propio Schaffler, José Luis Zárate, Gerardo Horacio Porcayo, Gabriela Rábago, José Luis Ramírez, Gabriel Trujillo Muñoz, Adriana Rojas, Claudia Argelia, entre decenas de autores más. Y porque se estableció como una cabeza de playa en la literatura nacional para advertir que ya no se podía ningunear a la ciencia ficción dejándola al margen. Yo mismo dije, en su aparición, lo que significaba esta antología, en alcances y logros, en presencia literaria, para los escritores practicantes de este género literario en nuestro país:

Una secta secreta ha visto, finalmente, la luz del día; ha hecho pública su presencia en la literatura nacional. Hablo de los cultivadores de la ciencia ficción en México, quienes han logrado la publicación de *Más allá de lo imaginado*, primera antología de cuentos mexicanos de este género. Esta obra, compilada por Federico Schaffler, es el primer aviso de la irrupción de una literatura que, hasta ahora, no era bien vista ni realmente aceptada por los círculos literarios de nuestro país. Una literatura que contaba, sin embargo, con una enorme cantidad de practicantes, pero que aún no obtenía el reconocimiento como una corriente válida en la república de las letras mexicanas actuales, mientras otros géneros, como la narrativa policiaca o la histórica, adquirían el peso suficiente, por el número y calidad de sus publicaciones, para ser considerados por la crítica especializada como cualquier otra literatura: sin condescendencias, pero también sin ninguneos. Hoy, con la aparición de *Más allá de lo imaginado*, esta situación de marginalidad comienza a desaparecer. Por último, la publicación de *Más allá de lo imaginado* implica que de ahora en adelante los escritores de ciencia ficción dejan de tener las prerrogativas —el aura romántica— de lo *underground* y deben demostrar su valía, en igualdad de

condiciones, con el resto de los escritores mexicanos. Ya no pueden usar como pretexto que al escribir ciencia ficción los exime del rigor escritural, de la amplitud de miras, que a cualquier otro autor se le pide en la arena pública de la literatura nacional de nuestros días. El fin de la infancia, para la ciencia ficción mexicana, ha terminado. Hoy empieza su mayoría de edad, el arduo camino hacia su real madurez creativa. Enhorabuena (Trujillo Muñoz, 2017)

Más allá de lo imaginado logró que los libros de ciencia ficción pasaran de lo marginal, de las ediciones de autor, a lo institucional, al reconocimiento literario. Y aquí hago énfasis en que fue un proyecto fronterizo, llevado a cabo desde Nuevo Laredo, donde Federico Schaffler residía y aun reside. Para su compilador, ya era tiempo de que la ciencia ficción fuera vista más allá de una literatura de divulgación de la ciencia y se le aceptara en sus propios términos: como un género de ficción imaginativa. Y que se viera como una narrativa genuinamente nacional y no se circunscribiera a lo que se hacía en el centro del país. Gracias a esta antología, por vez primera los autores de ciencia ficción, que vivían desperdigados por todo México, se reconocieron como parte de un gremio que luchaba por sacar adelante un género literario que amaban y disfrutaban como lectores y creadores del mismo. A partir de 1991 las iniciativas se multiplicaron. En 1992 se fundó la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía, entre cuyos miembros fundadores estuvieron Federico Schaffler, Mauricio José Schwarz, Gonzalo Martré, Héctor Chavarría y Gabriel Trujillo Muñoz, con lo que el género dejó de ser un paisaje de lobos solitarios, como hasta entonces lo había sido, para volverse *De la frontera al mundo*.

Y aquí debo volver a lo personal y a lo fronterizo. Desde principios de la década de los años noventa, decidí que la ciencia ficción mexicana necesitaba, para que se le valorara en sus contribuciones a la literatura nacional, difundir su historia, su desarrollo, las etapas por las que ha pasado, los autores que han apostado por ella desde que tenemos sentido de nación y que lo han hecho desde todos los rumbos de México y desde todas sus fronteras. Así que me dediqué a publicar obras de rescate y de creación en el ámbito de este género y especialmente en cuanto a su evolución histórica. Fue una labor de exhumación de obras perdidas en bibliotecas, obras que fueron publicadas en ediciones de autor o en editoriales del interior del país, obras que habían sido vistas con desdén por los colegas narradores y los críticos literarios de su tiempo. De esa tarea salieron la antología *El futuro en llamas. Relatos clásicos de la ciencia ficción mexicana* (1997), *Los confines. Crónica de la ciencia ficción mexicana* (1999), *Biografías del futuro* (2000), la antología *Futuros por cruzar* (2014) y *Utopías y quimeras. Guía para viajeros* (2016). Mi obra de ficción va desde libros de cuentos: *La isla de los magos* (1988), *Miríada* (1991), *Trebejos* (2001), *Mercaderes* (2001), *Aires del verano en el parabrisas* (2009), *Pesca de altura* (2014) y *Mundos distantes* (2016), así como

las novelas *Laberinto* (1995), *Espantapájaros* (1999), *Trenes perdidos en la niebla* (2010) y *Orescu. La trilogía de Thundra* (1999-2014). En estos años he visto que la ciencia ficción en la frontera entre México y los Estados Unidos cuenta con una plataforma única para analizar, interpretar y criticar nuestro entorno, nuestra realidad, nuestro tiempo. En Baja California creo ser uno de los pocos autores de mi generación, la de los nacidos en los años cincuenta del siglo pasado, que ha mantenido a la ciencia ficción como prioridad narrativa, como reflexión ensayística, como guía creativa.

En términos generales podemos ver que el reto verdadero de la ciencia ficción fronteriza era, ya en los años noventa del siglo XX, el de ir más allá de lo ya establecido, sí, pero con capacidad de captar la realidad en todas sus complejidades y contradicciones, de ser una literatura especulativa, plena de ideas puestas a prueba en el espacio de la ficción. Ya esté situada la acción en el pasado más remoto o en el distante futuro, esta debe ser creíble en lo que cuenta y, a la vez, debe hacer deseable lo que se describe no sólo como un misterio a resolver sino como un escaparate de la condición humana, como un espejo maravilloso y terrible, donde destacan, íntegras o distorsionadas, nuestras esperanzas y carencias, nuestras luces y sombras, la suma total o fragmentaria de nuestra precaria individualidad, de nuestra sociedad en lucha consigo misma. Si algo da validez a estas obras es que su esencia narrativa es el conflicto humano, el enfrentamiento con lo desconocido. Esos sitios de nuestra conciencia donde el futuro es el pasado -las bombas nucleares, las pandemias- que vuelve con nuevos desafíos e incertidumbres. Es obvio que he estudiado a este género desde una perspectiva periférica y no centralista, lo que me ha permitido verlo como el esfuerzo de un grupo de autores, muchos de ellos radicados en el norte del país y varios en sus franjas fronterizas, que han abierto espacios editoriales y han levantado obras propias, enriqueciendo y diversificando nuestra literatura con visiones únicas, con textos que rompen paradigmas, con temas que inciden en problemáticas por igual regionales que nacionales y universales.

Por eso es que la ciencia ficción -y habría que añadir aquí también a la narrativa policiaca- se implanta tan bien en el espacio fronterizo. Es que la frontera es una zona franca, un territorio poroso por donde todo -ideas, personas, productos- se cuele sin dejar más rastro que las leyendas de su cruce, que la memoria colectiva de sus respectivos espejismos. Aquí todo lo sólido se desvanece en el aire y todo lo que parece permanente se disuelve en la fugacidad de lo intangible. Vivir la frontera, escribir la frontera en términos de ciencia ficción, es aceptar que ésta es una *twilight zone*, una dimensión desconocida, una realidad sorprendente e inverosímil. Ese cosmos sin más pasaporte que la imaginación. Y allí están para probarlo obras como la antología *Frontera de espejos rotos* (1994) de Don Webb y Mauricio

José Schwarz, *Senderos al infinito* (1997) de Federico Schaffler, *Dunas radioactivas* (2004) de Rosario García, *La palabra de Dios* (2013) de Guillermo Lavín y *Réquiem por Tijuana* (2014) de Néstor Robles. Y también se puede apreciar en las investigaciones hechas por académicos como Darrell B. Lockhart, Dale Knickerboker, Paul Fallon, Anäis Fabriol, Elizabeth Ginway, Samuel Manickam, Natalia Trigo y Andrea Bell, quienes han revelado que la ciencia ficción escrita en la frontera norte mexicana ya tiene varias décadas siendo una fuerza creativa a tomarse en cuenta, un conglomerado de autores a los que hay que prestarles atención, un conjunto de obras que es necesario estudiar a fondo.

Hace poco -y gracias a la entusiasta labor de Jaqueline Bernal y la doctora Marisol Nava- di una conferencia, en el marco del Congreso Nacional de Estudios en Humanidades, sobre la ciencia ficción mexicana, sobre sus autores clásicos y contemporáneos, desde el fraile franciscano Manuel Antonio de Rivas en el siglo XVIII hasta Gerardo Horacio Porcayo y su obra cyberpunk ubicada en nuestro país. En ese repaso hablé de autores fundamentales para la cimentación de este género literario, escritores de la talla de Amado Nervo, Joaquín Fernández de Lizardi, Juan Nepomuceno Adorno, Pedro Castera, Eduardo Urzaiz, Francisco L. Urquizo, Diego Cañedo, Carlos Olvera, Gabriela Damián Miravete, Cecilia Eudave, Bernardo Fernández y tantos otros y otras. Quedaron, por falta de tiempo, muchas cosas fuera. Una que quiero tratar aquí es que la ciencia ficción en México empezó siendo escrita por filósofos y pensadores políticos que usaron el viaje a otros mundos para hacer crítica o sátira social del país en que vivían (Rivas, Lizardi, Nepomuceno, Nervo), luego fue retomada por científicos o con temas de ciencia experimental a la H. G. Wells (Urzaiz, Urquizo), para finalmente ser escrita por literatos que la vieron como un vehículo idóneo para su imaginación (Cañedo, Olvera, Porcayo). En la frontera norte mexicana, esto también ha ocurrido, pero dentro de especulaciones sobre la vida extraterrestre (Narciso Genovese, Lauro Paz y Arturo Casillas) o científicas con trasfondo humanista (Federico Schaffler y Guillermo Lavín) o de crítica social con humor negro (Jesús Guerra o yo mismo). Esto puede verse nítidamente en la antología titulada *Futuros por cruzar. Cuentos de ciencia ficción de la frontera México-Estados Unidos* (New Borders-Nuevas fronteras, UCCS-IVC-UABC, 2014), donde autores de diversas partes se centran en ver el porvenir como un espacio de frontera, como un cruce de caminos. Y también es visible en la mezcla de géneros (ciencia ficción, policiaco, horror, fantasía) que autores fronterizos, como Néstor Robles o Christian Durazo, llevan a cabo en este siglo XXI.

Para terminar, debo decir que, de ese viaje por la imaginación, que de esa travesía desde la periferia de México, soy tanto su testigo como su protagonista. De lo que más me enorgullezco es de haber contribuido a revalorar a la ciencia ficción como literatura de casa,

como aportación original a nuestras letras en su desarrollo y evolución, a exponer que no sólo con el realismo se ha levantado la creación literaria en nuestra región, en nuestra nación. En el plano específicamente de la crítica, pienso que mis estudios han abierto brecha para reclamar a este género como cosa propia, como ruta alternativa, mientras que en el plano de la narrativa de ficción he logrado, por ejemplo y hasta donde sé, que una obra mía, como la trilogía de Thundra (*Orescu la voz*, *Orescu la sangre* y *Orescu la luz*), publicada originalmente entre los años 1999 y 2000, sea considerada la primera trilogía de fantasía heroica escrita en español y publicada en Hispanoamérica. A esto agrego que esta labor es trabajo colectivo, en el que todos ponemos nuestro granito de arena. Desde 1981 hasta la fecha he intentado construir espacios creativos, editoriales y de investigación sobre la ciencia ficción en Baja California, pero orientados a todo nuestro país. Lo importante es que el eco de mis esfuerzos por darle importancia y trascendencia a esta literatura ha tenido la cosecha de investigadores nacionales y extranjeros que se han sumado a esta noble tarea. Entre los muchos que han seguido adelante debo citar, al menos, a Miguel Ángel Fernández, Ramón López Castro, Ricardo Guzmán Wolffer y Gonzalo Martré. En cuanto a los vínculos que nos hermanan a otros autores extranjeros no puedo dejar de mencionar a Blanca Martínez (España), Dale Knickerboker, Elizabeth M. Ginway, Rachel Haywood Ferreira, Natalia Trigo y el imprescindible Sam Manickam (Estados Unidos), Anais Fabriol y Cathy Fourez (Francia), Iván Molina Jiménez (Costa Rica) y Sergio Gaut Vel Hartman (Argentina). Toda una red de estudiosos y creadores listos para asaltar el espacio, para descifrar el mañana que ya está aquí, que se crea ahora mismo. Esa frontera que siempre está en movimiento, que nunca nos deja en paz.

La ciencia ficción, lo mismo que la narrativa policiaca, se implanta muy bien en el espacio fronterizo. Es que la frontera es una zona franca, un territorio poroso por donde todo –ideas, personas, productos– se cuela sin dejar más rastro que las leyendas de su cruce, que la memoria colectiva de sus respectivos espejismos. Aquí todo lo sólido se desvanece en el aire y todo lo que parece permanente se disuelve en la fugacidad de lo intangible. Vivir la frontera, escribir de la frontera del cosmos desde la frontera misma, es aceptar que esta es una *twilight zone*, una dimensión desconocida, ese laberinto donde todo puede pasar, incluso la realidad más siniestra o resplandeciente. Y esa experiencia fronteriza se cuela entre las fisuras de los universos que sus autores hacen suyos, en los intersticios entre el presente, el pasado y el futuro que habitan sus protagonistas. Y aquí hay que recordar que los personajes de la ciencia ficción siempre están cruzando umbrales, buscando una salida, saltando hacia lo ignoto. Son personajes que parece no rompen un plato, aunque en realidad se empeñan en trastocar el cosmos por un prurito de saber, por una necesidad de recuperar lo

suyo, por una adicción que no se satisface nunca.

La narrativa de ciencia ficción va creando una atmósfera propia, detallada, sinuosa, que basa su impacto en que te induce a entrar en un orbe extraño, pero no demasiado extraño, en una comarca conocida, pero en la que pronto descubres que nada es lo que parece. La capacidad de conjurar otros mundos con vidas similares a la nuestra nos permite disfrutar historias con tintes de vivacidad, delicadeza y locura a dosis iguales. Orbes que son tan extraños como uno mismo. Aunque lo neguemos, siempre hay algo de escapismo en la ciencia ficción: una realidad alterna donde uno puede respirar a sus anchas, vivir sin las restricciones de su tiempo, rechazando las normas establecidas, los dogmas imperantes. Pero ese escapismo nace a partir de una crítica veraz del mundo en que vivimos, de la sociedad que somos. Es una mirada lúcida que es, al mismo tiempo, un acto lúdico. Lo que sabemos se suma a lo que imaginamos. Lo que deseamos se amalgama con lo que recelamos. Juego en serio sobre la verdad de nuestros días. Ruleta rusa donde empeñamos la vida. Cruce de tiempos y espacios que nos permite vislumbrar hacia dónde vamos con tanta prisa y con tanta ceguera.

Algunos autores llenan una novela de escenarios y terminologías futuristas y luego estruendosa, incluso estentóreamente, niegan que es ciencia ficción. No, no, ellos no escriben ese sucio género, nunca lo tocan. Ellos escriben *literatura*. Pero las creaciones y tropos de este género, que dicen les es tan familiar, los usan tan burda, tan torpemente que se les nota que ignoran el significado de los términos que incluyen y por ello lo único que hacen es reinventar la rueda mientras se dan auto elogios, sin percatarse de que sus esfuerzos fracasan por intentar probar que se puede escribir una novela futurista sin aprender antes cómo hacerla.” (Le Guin, 2016, p. 371)

Y si quitamos lo de novela futurista y ponemos cualquier otro género, como novela policiaca o narrativa fronteriza, tendremos el mismo resultado descrito con tanta ironía por Le Guin: que para muchos escritores los géneros sólo son el botín que toman para sí, sin darse cuenta que sus obras delatan su falta de conocimientos acerca de lo que en ellos se escribe hoy en día. Copian, en todo caso, el cliché, el estereotipo, y no se meten de lleno en narrativas que tienen su propia historia, sus territorios creativos, sus desafíos técnicos o conceptuales. Que en la literatura, como ella misma lo afirma, caben todas las novelas, todos los géneros, todos los autores: los metidos de lleno en este género como los turistas que lo visitan para tomar sus tropos y seguir su travesía rumbo a otros horizontes creativos. Que narrar es no sólo contar historias sino pedirles a nosotros, los lectores, que tomemos postura ante los dilemas que la ficción nos proporciona, que debatamos lo imaginario como parte de lo real. Que escribir es confiar en el público, en nuestra capacidad de extrapolar mundos lejanos y tiempos futuros y así volverlos parte de nuestras vidas, de nuestras discu-

siones públicas y nuestras experiencias diarias.

La ciencia ficción como una situación social que entre todos debemos dilucidar, comprender, solucionar. La lección esencial de las obras de ciencia ficción es no desesperarse, es aceptar lo extraño, lo irreal, como parte de nuestras vidas, como una verdad que merece vivirse aunque sea imposible, como una realidad que merece compartirse aunque nadie te la crea. Es apostar por el futuro porque el presente ha devenido, por más comodidades que te ofrezca, en un punto muerto, en una cárcel desde donde intercambias mensajes, en una celda desde donde haces amigos a granel. Un limbo del que nadie escapa. Un mercado donde todos somos la mercancía en el aparador, el producto en la pantalla. Pero todo puede ser cambiado, transformado, transfigurado. Vivir en la frontera nos permite comprender que no hay destino ineludible, que no hay porvenir que no pueda alterarse. La vida está en nuestras manos. Pero no olvidemos que también lo están la muerte, la destrucción, la intolerancia. Que cada uno de nosotros puede imaginar tanto las distintas posibilidades de salvación como las múltiples visiones del infortunio. En la ciencia ficción todo cabe, incluso nuestros sueños más generosos, nuestras pesadillas más temibles. Por eso escribir sobre el futuro es edificarlo para todos, es advertir acerca de lo que nos espera como individuos y comunidad. Es contar lo que vendrá desde los miedos y esperanzas que hoy nos zarandean.

Sobre la narrativa de ciencia ficción fronteriza quiero terminar con una imagen de 1983. Silvia García, mi colega productora de Radio Universidad, da a luz a una niña que sus padres, Pedro Moreno y ella, le ponen el nombre de Silvia Moreno García. Una semana después me la presentan y yo la sostengo. La mocosa se mueve a sus anchas. Tiene mirada despierta. Me convierto, créanlo o no, en su médico de cabecera. A Silvia niña ya se le notaba su entereza, su reciedumbre, pues sobrevivió a mis cuidados. Muchos años más tarde esa niña es ya una escritora hecha y derecha. Radicada en Canadá, Silvia hija publica sus cuentos y novelas, tanto de ciencia ficción como de fantasía, en las principales editoriales de los Estados Unidos y de Europa. El “habrá una vez” se ha vuelto la antorcha de la imaginación que pasa de una generación a otra, que se difunde por todas partes: en el centro del país como en su periferia. Donde la palabra que a todos cuida y protege. Una frontera que da saltos en el tiempo y el espacio. Más que muro, puente cósmico. Más que obstáculo, estación de paso. Más que conflicto, campo de juegos. Más que recelo, convivencia. Una narrativa que cruza nuestras letras a puro riesgo, que atraviesa el mundo sin pedirle permiso a nadie. Y como aquel replicante de *Blade Runner*, sobre el hombro de Orión ve lo inconcebible, lo extraordinario, lo prodigioso.

BIBLIOGRAFÍA

- BELL, ANDREA L. Y MOLINA-GAVILÁN, YOLANDA (2003), *Cosmos Latinos. An Anthology of Science Fiction From Latin American and Spain*, EUA: University of New England Press.
- GINWAY, ELIZABETH Y BROWN, J. ANDREW (2012), *Latin American Science Fiction: Theory and Practice*, EUA: Palgrave Press.
- GINWAY, ELIZABETH (2013), “La ciencia ficción en Brasil y México: especulaciones preliminares”, *Pórtico* #3, UABC, enero-junio, pp. 176-189.
- GUERRA, JESÚS (1989), “La narrativa del futuro y las fronteras”, *Memoria del encuentro de literatura de las fronteras*, INBA-ICBC-Programa Cultural de las Fronteras, pp. 398-400.
- LARSON, ROSS (1977), *Fantasy and Imagination in the Mexican Narrative*, EUA: Arizona State University Press.
- LE GUIN, URSULA K. (2016) *Words are my Matther. Writings About Life and Books 2000-2016*, Small Beer Press.
- MANICKAM, SAMUEL (2014), “Gabriel Trujillo Muñoz: escritor, editor y estudioso de la ciencia ficción mexicana”, *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, volumen 40-número 2, julio-diciembre 2014, pp. 31-43.
- SCHAFFLER, FEDERICO (1991-1994), *Más allá de lo imaginado*, México: Fondo Editorial Tierra Adentro, Conaculta.
- TRUJILLO MUÑOZ, GABRIEL (1991), *La ciencia ficción. Literatura y conocimiento*, ICBC.
- _____ (1993), “Más allá de lo imaginado”, *Señas y reseñas*, ICBC, pp. 173-175.
- _____ (2014), *Futuros por cruzar. Cuentos de ciencia ficción de la frontera México-Estados Unidos*, New Borders/Nuevas fronteras, UABC-UCCS-IVC-Artificios.
- _____ (2017), *La mirada insaciable: ensayos literarios sobre arte, literatura y frontera*, Mexicali: Universidad Autónoma de Baja California, Tirant Lo Blanch.
-